

COMERCIO VIRTUAL DE AGUA Y SOBERANÍA ALIMENTARIA.

Joaquín Olona Blasco.

Decano del Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Aragón, Navarra y País Vasco.

El Observatorio del Agua de la Fundación Botín (OAFB) es un influyente think-tank *que* considera signo de mala gobernanza aplicar agua a las producciones agrícolas de bajo valor comercial. Propone, de hecho, reasignar agua del regadío a la naturaleza y a otros usos que, por su mayor contribución al PIB y al empleo, serían más interesantes que la agricultura; el turismo, por ejemplo. También considera que puede resultar más barato transportar los alimentos que obtener el agua necesaria para producirlos y que el comercio internacional puede favorecer el ahorro de agua sin reducir, necesariamente, la seguridad alimentaria. Subraya que la agricultura, siendo la actividad que más agua consume, produce un escaso valor económico y se pregunta hasta qué punto interesa dedicar agua para regar cereales, que tienen poco valor económico y pueden importarse.

Estas opiniones, en la medida que lo son, resultan cuestionables. La visión de la agricultura como un sector aislado está superada por la visión integrada y económicamente importante del sistema agroalimentario del que forma parte. Así, por ejemplo, la agricultura estadounidense, cuya contribución al PIB no alcanza el 1%, sustenta un sistema agroalimentario en expansión que aporta el 12% del PIB, el 15% del empleo y que es muy valorado por sus exportaciones. En España, el sistema agroalimentario aporta el 8,4% al PIB, 2,3 millones de empleos y presenta superávit comercial a pesar de las voluminosas importaciones de maíz y soja, equivalentes a toda la producción nacional de cereales. Tampoco es irrelevante que la alimentación represente el 10-15% del gasto de los hogares en los países desarrollados y supere el 50% en los que no lo son.

Las potencias no son políticamente indiferentes al papel que desempeña la agroalimentación en sus intercambios comerciales, jugando cada cual la estrategia que más le conviene. Por ejemplo, Oriente Medio practica el llamado comercio virtual de agua, consistente en importar comida ahorrándose ellos el agua que gastan quienes la producen. Pero exportan petróleo y aún así, desde 2008 están acaparando tierras agrícolas en África y Latinoamérica.

A diferencia de la seguridad alimentaria, que se centra en la disponibilidad de alimentos para la población, la soberanía alimentaria considera, además, su procedencia y modo de producción, reivindicando el derecho a decidir políticas agroalimentarias propias y coherentes con las necesidades y objetivos de desarrollo. También pone de manifiesto la relación de la importación de alimentos anormalmente baratos con el debilitamiento del sistema agroalimentario local, reclamando la protección del mercado interior contra las malas prácticas que conducen a precios internacionales inferiores a los costes reales de producción.

Reivindicar la seguridad y la soberanía alimentarias no implica rechazar el comercio internacional sino exigir el perfeccionamiento de sus funciones económicas y la corrección de sus patologías, incluida la especulación que acentúa la volatilidad e inestabilidad de los precios agrícolas. Pero sin perder de vista que el intercambio de recursos estratégicos, como son de hecho los agroalimentarios, configura relaciones de poder donde reducir la dependencia externa, y no aumentarla, es la estrategia dominante.

La competencia por el agua es otra razón adicional para que la agricultura aporte, por sí misma, más valor añadido. Sin embargo, la asignación del agua, lo mismo que la del resto de recursos estratégicos, no puede basarse en criterios simplistas ni exclusivamente comerciales. Los cereales son la base de la alimentación y reducir su cultivo, que permitiría ahorrar un agua que tenemos, perjudicaría una fortaleza económica de la que carecemos y que nos resta soberanía.